

La Cena de las Cenizas. Giordano Bruno

Domingo Cía Lamana

En este año 2000, fértil en efemérides, celebramos también el cuarto centenario de la ejecución de Giordano Bruno.

Cuatro siglos después de la muerte en la hoguera del filósofo, alquimista, teólogo y escritor Giordano Bruno, el Vaticano deplora el veredicto en su contra, pronunciado por la Inquisición y lo califica de "triste episodio de la historia cristiana moderna".

El encargado de rehabilitar a Giordano Bruno en nombre del Papa es su número dos, el Secretario de Estado de la Santa Sede, Angelo Sodano, que reconoce sin ambages el "profundo pesar" de la Iglesia por "esa muerte atroz" y añade "El Tribunal de la Inquisición procesó a Giordano Bruno con los métodos de coacción que entonces eran comunes, pronunciando un veredicto en conformidad con el derecho de la época". Además el Vaticano rehabilita al teólogo quemado vivo en el Campo dei Fiori, pero no su doctrina, "incompatible con la fe cristiana".

Resulta, por lo menos paradójico, rehabilitar al teólogo, pero condenar su doctrina.

Otra es la percepción del Comité Pro-revaloración de Giordano Bruno, que por estas mismas fechas se expresaba de forma menos "levítica", invitando a participar en la Campaña Internacional de Reconocimiento de la figura y obra de este insigne filósofo, añadiendo que "Giordano Bruno, sabio del renacimiento, fue un heroico precursor del pensamiento y la ciencia del tercer milenio. Su esfuerzo y sacrificio basados en una convicción inquebrantable y una incansable búsqueda de la verdad nos permitió ampliar nuestra visión de la Naturaleza. Su voz, con la de Copérnico y Galileo, hicieron posible que en nuestro tiempo sea habitual pensar en el Sol como el centro de nuestro Sistema Planetario, el concebir un Universo en constante renovación e imaginar vida en otros muchos mundos.

Por su pensamiento y libertad de espíritu fue perseguido, encarcelado durante siete años y condenado a morir en la hoguera. Hombre de luz, inteligencia y férrea voluntad, supo sostener sus ideas hasta el último momento de su vida. En el umbral de un nuevo milenio, ante los vertiginosos y muchas veces confusos cambios de nuestro mundo, Giordano Bruno se eleva como un símbolo del conocimiento e idealismo, que aporta al ser humano de hoy y de mañana, una clara dirección hacia la sabiduría".

Que el lector elija entre estos dos tratamientos con los que quiero abrir este escrito sobre Giordano Bruno. La intención del presente escrito es recordar el cuarto centenario de un pensador que también tuvo que ver y mucho con lo más característico de lo que sea narrar.

Lo maravillosos de la "categoría narración" es la posibilidad de no reducir toda la realidad a lo científico experimentable. Sólo de forma narrativa podemos recoger lo pasado y nos podemos lanzar al futuro más atrevido.

Hoy en ambientes literarios se pondera y estudia mucho la ficción como un ingrediente representativo de lo que sea narrar. La ficción se ha de entender no como artificiosidad propia de ilusos visionarios, sino como la gran posibilidad de pintar (*finigo*, en latín) o construir el mundo que aparece delante de cada persona. Así el hombre simulando y haciendo alguna forma de esquema o dibujo entiende y expresa la realidad. Y por otra parte la "categoría narración" no niega el concepto ni el rigor científico. Hegel que intentó hacer una filosofía completamente científica, declaró que "el concepto se narra y se forma (Bildung)". Muchos más nosotros, Jorge Wagensberg, director del Museo de la Ciencia en Barcelona, afirma "Hacer ciencia consiste en proponer ficciones a la naturaleza por si ésta tiene a bien encajar en aquellas. El conocimiento científico se distingue de otros conocimientos entre otras cosas porque exige una dialéctica continua entre la mente y los sentidos, para enfrentar sin descanso la teoría y la experiencia" (La simulación y el método científico. El Ciervo - nov.1991 pág. 6)

En este contexto narrativo y literario colocaría la gran aportación de Giordano Bruno.

Lo más admirable de este pensador renacentista, es su capacidad de atreverse a ficcionar la realidad del cosmos, a partir de los apuntes que le había dado el copernicanismo. En la historia de la filosofía occidental, las ideas iconoclastas y las perspectivas no ortodoxas de Bruno permanecen como un símbolo del pensamiento creativo y de un espíritu crítico libre.

Giordano Filippo Bruno (1548-1600) nació en Nola, en la Campania (Italia). Estudió filosofía y literatura en Nápoles y, más tarde, teología en el Monasterio de San Doménico Maggione. Disponía de una tenaz memoria y una extraordinaria inteligencia.

En 1572, Bruno se ordenó sacerdote y ya en 1576, poniendo en duda muchas de las enseñanzas del cristianismo y siendo, por lo tanto, sospechoso de herejía, abandonó la orden religiosa. Temiendo por su seguridad y en busca de libertad de expresión, el incansable Bruno vivió la experiencia de apátrida y fronterizo deambulando solitario por Suiza, Francia, Inglaterra, Alemania y Checoslovaquia. Estos años los dedicó al estudio, a la reflexión, a la especulación, así como a escribir e impartir conferencias.

Bruno retó las que le parecían plomizas creencias de la fe católica romana, pero también los prejuicios aristotélicos de los físicos y astrónomos contemporáneos que no creían en la teoría heliocéntrica.

LA CENA DE LAS CENIZAS

Durante su estancia de dos años en Londres (1583-1585), el autodidacta Bruno fue profesor en la Universidad de Oxford y escribió seis sorprendentes y brillantes diálogos en italiano. El más conocidos es el de *La cena de las cenizas*.

El título viene de la cena y posterior discusión sobre el copernicanismo acontecidas el Miércoles de Ceniza de 1584 en la residencia de Fulke Greville en Whitehall. Algunos han querido ver en el título un significado más profundo, como si Bruno quisiera referirse al final escatológico del mundo después de la derrota del Anticristo en el final del ciclo de tinieblas introducido por la filosofía vulgar y el cristianismo.

Todos los comentaristas coinciden en afirmar que el diálogo abre nuevos caminos en cosmología y en filosofía.

Bruno criticó despiadadamente los puntos de vista geocéntricos de la realidad. Su nueva filosofía repudió la dicotomía aristotélica acerca de las diferencias entre lo terrestre y lo celeste y, en contra, mantuvo que existían las mismas leyes físicas y elementos naturales en la Tierra y a lo largo del eterno e infinito Universo.

La visión de Bruno reemplazó un cosmos finito por un Universo infinito. Sus suposiciones carecen de axiomas erróneos, prejuicios escolásticos moribundos y creencias restrictivas basadas en la doctrina la Iglesia.

Sin ignorar el valor o las limitaciones de la razón (matemáticas y lógica), dio saltos intuitivos que sintetizaron tanto la experiencia perceptual como el intelecto crítico, en una osada visión que amalgamó los hechos básicos de la realidad cósmica. Para él, esta rigurosa reflexión también conducía a una acción humanística. Como Bruno era incapaz de demostrar sus suposiciones metafísicas de una manera científica, se basó en experimentos mentales de los que deducía las ramificaciones de su visión. Einstein utilizó el mismo método imaginativo para desentrañar las extraordinarias implicaciones y sorprendentes consecuencias de la Teoría de la Relatividad.

No aceptó los límites que le imponía la cosmología clásica. Bruno se entusiasmó con la idea de lo infinito. No quiso poner límites a las posibilidades y probabilidades inherentes a este Universo. Su imaginación hizo posible la extensión del concepto de infinito hasta que llegara a abarcar todos los aspectos de la realidad cósmica: el Universo es infinito tanto en potencialidad como en actualidad, y su poder creativo es ilimitado y, también, infinito. Como tal, no existía un techo fijo con un limitado número de estrellas que limitaba esféricamente el cosmos físico y, además, ningún sistema dogmático de pensamiento y valores debía aprisionar el libre albedrío, tan necesario para el progreso y la realización humana.

Bruno además sostuvo que este Universo continuo no tenía principio y no tendría fin ni en el espacio ni en el tiempo; incluso que la vida existía con seres inteligentes en incontables mundos.

No fue hasta 1609, nueve años después de la muerte de Bruno, cuando el físico/astrónomo Galileo Galilei (1564-1642) usó por primera vez el telescopio para descubrir que los cuerpos celestes se parecen de hecho a nuestra Tierra; y, en este mismo año, Kepler demostró matemáticamente las órbitas elípticas de los planetas.

LA NECESIDAD DE LA FICCIÓN EN CIENCIA

En un experimento mental, Bruno se imaginó flotando alejándose de la Tierra. Al acercarse más y más a la Luna, ésta crecía mientras que la Tierra se hacía más pequeña.

Desde la superficie lunar, era la Tierra la que parecía un satélite, mientras que la Luna parecía tener el tamaño de nuestro planeta. Si Bruno aún hubiese ido más allá de la Luna, hubiera podido ver la Tierra y su único satélite como meras briznas de polvo y, eventualmente, desaparecer en la oscuridad del espacio profundo. Usando su potente imaginación, el filósofo una vez más demostró el principio de la relatividad y resaltó la crucial diferencia entre la apariencia de las cosas y la cruda realidad.

Para Bruno el centro de este Universo está en todas partes y su circunferencia en ningún lugar. En profundo contraste con el marco aristotélico, el punto de vista de Bruno nos ofrece una perspectiva con un final abierto carente de cualquier absoluto en ciencia, filosofía o teología.

Cuando G. Bruno indica y se refiere al cosmos como realidad infinita, llena de vida, rompiendo la esferas aristotélicas y ptolomaicas, no lo hace desde la comprobación experimental, sino desde el atrevimiento científico y religioso de poder abrir el enigma de la realidad de la naturaleza (cosmos, universo) y acercarse heréticamente hacia algún límite..

G. Bruno no improvisa, ni sus afirmaciones son fruto sólo del apasionamiento. El talante bruniano se ha formado en la lectura de los saberes heredados de la tradición hermética (la magia natural, la magia astral, la ciencia kabalística de las potencias divinas). Y no hay que olvidar que llegaba muy bien equipado por la filosofía de la ciencia (episteme) de Pitágoras, Platón, Aristóteles, Plotino y por la gran tradición cristiana (Agustín, Tomás, el Pseudo Dionisio). Toda esta conjunción audaz de tradiciones y saberes debe, en última instancia, ser remitida a la más vieja de todas las sabidurías, la revelación "egipcia" del célebre Hermes Trismegisto, que tanto influyó en todo el mundo del Renacimiento.

Desde aquí, y no desde los prejuicios se puede comprender mejor el subrayado que G. Bruno hace de algunas cuestiones religiosas, sobre todo su insistencia en el "carácter natural" de la Religión y en una Revelación de la misma Divinidad con expresiones exteriormente diferentes para todas las Religiones. Así la Religión aparece para G. Bruno, como un hecho natural-cósmico, como un vínculo interhumano, y un instrumento educativo mediante el cual, gracias a los mitos religiosos, se eleva la moralidad e incluso se estimula el cumplimiento de las leyes.

Como hemos indicado al principio de nuestro artículo, he tratado de analizar, aunque de forma breve, algunas reflexiones a propósito de su diálogo *La cena de las cenizas*. Queda demostrado en él la presencia de un pensador que no sólo es un erudito, sino que trata de crear pensamiento y ciencia, pertrechado de gran cantidad de ficción.

La lectura de los diálogos de G. Bruno pueden aportar al hombre contemporáneo el encontrarse con referentes poco comunes llenos de encanto, sorpresa, magia.

Para Kepler, Paracelso, Nicolás de Cusa, así como para G. Bruno, el universo es un ser viviente, dotado de alma; una identidad esencial reúne a todos los seres particulares, que no son más que emanaciones del Todo. Una relación de universal simpatía rige todas las manifestaciones de la vida y explica la creencia de todos los pensadores del Renacimiento en la magia; ningún gesto, ningún acto aparece aislado, sus eficaces repercusiones se escuchan en la creación entera, y la operación mágica llega naturalmente hasta las cosas y los seres más lejanos.

De la misma manera la astrología está necesariamente inscrita en el sistema de todos estos filósofos: la analogía esencial que existe entre la naturaleza y el hombre permite admitir, sin asombro, que cada destino está ligado al curso de los astros y de las constelaciones.

El hombre se encuentra en el centro de la creación, que ocupa un lugar privilegiado en la cadena de los seres, gracias a su dignidad de creatura pensante y consciente, de espejo en que el universo se mira y se conoce. Y a la inversa, el hombre encuentra la creación entera en el centro de sí mismo. Conocer es descender a sí mismo. "No es el ojo el que hace ver al hombre -decía Paracelso- sino el hombre quien hace que el ojo vea." El conocimiento de la realidad se opera mediante una pura operación interior, por medio de una experiencia vivida. Y como todos los místicos, estos filósofos se complacen en hablar de un nacimiento de Dios en nuestra alma, o como quiere Claudel de un co-nacimiento de Dios y de nuestra alma. Sólo a partir de ese centro de nosotros mismos es posible una justa percepción del mundo exterior, por una nueva analogía y un nuevo co-nacimiento, porque la creación visible tiene un valor simbólico y sus manifestaciones son, todas y cada una, simples alusiones al Único, al cual se trata de llegar a través de ellas.

En este espacio, aunque pueda parecer paradójico, habría que colocar la preocupación de G. Bruno por las técnicas nemotécnicas no sólo como un sistema de memoria artificial sino como un método inventivo, como un programa cognoscitivo de ascenso hacia la unidad (la luz)

desde la pluralidad de la materia (las tinieblas) a través de los grados intermedios y la conversión del programa de dispersión de la unidad en la plenitud y lógica consecuencia de la personalización ontológica de lo real.

Bruno es un hombre apellidado herético en el siglo XVI, exiliado de Italia, como hemos visto, en busca de un espacio vital en el que fuera posible vivir profesando sin temor las propias convicciones religiosas y filosóficas.

En él, pese a todo, se dan la confluencia de paganismo y cristianismo, de religión, filosofía y poesía que intentan mostrar una concepción optimista del sujeto humano, como sujeto naturalmente divino, capaz de dominar el cosmos también divino a través del conocimiento y de la ficción.

BIBLIOGRAFÍA

Frances A. Yates, *Giordano Bruno y la Tradición hermética*, Barcelona 1994

Ignacio Gómez de Liaño: *La Cábala del Caballo Pegaso*. Madrid 1990

Ignacio Gómez de Liaño: *Del infinito: el universo y los mundos*. Madrid, Taurus 1990.

Bruno, Giordano: *Expulsión de la Bestia triunfante*. Madrid 1993. Introd. y notas de Miguel A. Granada. Alianza Universidad.